

vencerse, á sacrificar su interés al de los demás. El provecho que saca de las leyes es que le inspiran denuedo para ser justo, aun entre los malos. Tambien le han hecho libre, pues le han enseñado á reinar en sí propio.

»No digas, por tanto, ¿qué me importa el sitio donde haya de estar? Te importa estar donde puedas desempeñar todas tus obligaciones, y una de estas es la adhesión al país natal. Tus compatriotas te protegieron siendo niño; tú debes amarlos siendo hombre. Debes vivir entre ellos ó á lo menos en sitio desde donde les puedas ser útil en lo posible, y donde te sepan hallar si alguna vez necesitaren de ti. Circunstancias hay en que un hombre puede acarrear mas provecho á sus conciudadanos, viviendo fuera de su patria, que en el seno de ella. Entonces solamente su celo debe escuchar, y sufrir sin quejarse su destierro; que este mismo destierro es una de sus obligaciones. Pero tú, buen Emilio, á quien nadie impone estos dolorosos sacrificios, tú que no te has tomado el triste cargo de decir la verdad á los hombres, ve, vive en medio de ellos, cultiva su amistad en un suave trato, sé su bienhechor, su modelo: mas les aprovechará tu ejemplo que todos nuestros libros, y las buenas acciones que vean en ti les moverán mas que todos nuestros vanos razonamientos.

»No por eso te exhorto á que vayas á vivir á las ciudades populosas; por el contrario, uno de los ejemplos que á los demás deben los buenos, es el de la vida patriarcal y rústica, la vida primitiva del hombre, la mas pacífica, mas natural y mas dulce para quien no tiene estragado el corazón. ¡Dichoso el país, amado jóven, donde no es necesario ir á buscar la paz á un yermo! ¿Pero cuál es ese país? Mal satisface un hombre benéfico su inclinación en medio de las ciudades, donde casi no halla en favor de quien ejercitar su celo, como no sea en trapisondistas y bribones. La acogida que allí se hace á los holgazanes que vienen á probar fortuna, acaba de asolar el país que por el contrario se debiera repoblar á costa de las ciudades. Todos cuantos se retiran de las sociedades numerosas son útiles por el solo hecho de retirarse, porque todos sus vicios pro-

vienen de ser muy numerosas. Tambien son útiles cuando á los despoblados pueden llevar de nuevo la vida, la cultura, y el amor de su primitivo estado. Me enternezco cuando contemplo cuántos beneficios pueden esparcir Emilio y Sofia desde su sencillo retiro, cuánta vida dar á las campiñas, y cuánto reanimar el apagado celo del desgraciado aldeano. Ya creo mirar que se multiplica el pueblo, que se fertilizan los campos, que se engalana la tierra con nuevos frutos, que la muchedumbre y la abundancia trasforman en fiestas las tareas, y que se elevan bendiciones y alegres clamores en torno de la amable pareja que ha reanimado los rústicos juegos. Tratan de fantástico el siglo de oro, y lo será siempre para quien tenga estragados el gusto y el corazón. Tampoco es cierto que sientan haberle perdido, pues siempre es vano este sentimiento. ¿Qué se necesita para verle renacer? Una sola cosa, pero cosa imposible; amarle.

»Ya me parece que renace este siglo en torno de la morada de Sofia; no hareis mas que acabar juntos lo que sus dignos padres han empezado. Pero no te retraiga, querido Emilio, tan suave vida de obligaciones penosas, si alguna vez te las imponen: acuérdate de que los romanos abandonaban el arado por la toga consular. Si te llama el príncipe ó el estado al servicio de la patria, déjalo todo para ir á desempeñar, en el puesto que te señalen, el honroso papel de ciudadano. Si te fuere onerosa esta función, hay medio decente y eficaz para librarte de ella, que es desempeñarla con la integridad suficiente para que no te la dejen encomendada mucho tiempo. Mas poco tienes que recelar las dificultades de semejante carga; mientras que hubiere hombres de este siglo, no serás tú quien vengán á buscar para servir el estado.»

¡Ah, si me fuera permitido pintar la vuelta de Emilio á casa de Sofia y el fin de sus amores, ó mas bien el principio del amor conyugal que los une! Amor fundado en la estimación, tan duradera como la vida; en las virtudes, que no se desvanecen con la hermosura; en la armonía de los caracteres, que hacen amable el trato, y prolongan en la vejez el embeleso de la union primera.



Pero estas circunstancias pudieran divertir sin ser de provecho, y hasta aquí solo he descrito las circunstancias agradables que me han parecido útiles. ¿Dejaré esta regla al fin de mi tarea? No, y también conozco que está fatigada mi pluma. Muy débil para tan dilatados trabajos, abandonaría este si estuviera menos adelantado para no dejarle imperfecto, pero es tiempo de que le concluya.

Al fin veo rayar el más delicioso de los días de Emilio y el más feliz de los míos; veo coronados mis afanes, y empiezo á gustar su fruto. Estréchase la digna pareja con una indisoluble cadena; pronuncia su boca y confirma su corazón juramentos que no serán vanos; son esposos. Al volver del templo, se dejan conducir; no saben dónde están, ni adónde van, ni lo que en torno de ellos hacen. No oyen, no responden más que palabras confusas: nada ven sus enturbiados ojos. ¡Oh delirio y flaqueza humana! El sentimiento de la felicidad entontece al hombre, y no tiene fuerza para resistirle.

Pocos hay que un día de boda sepan tomar con los novios el aspecto que conviene. La triste decencia de unos, y los donaires nada recatados de otros, me parecen igualmente impertinentes. Mas quisiera que dejaran á estos corazones juveniles recogerse dentro de sí mismos, y abandonarse á una agitación que tiene cierta delicia, que no distraerlo con tanta crueldad entristeciéndolos con un importuno decoro, ó incomodándolos con chistes desabridos, que, aunque los hubiesen de divertir en otra ocasión, es muy cierto que este día los importunan.

Veó que mis dos jóvenes, en la suave emoción que los turba, nada escuchan de lo que se les dice. Yo, que deseo se goce de todos los días de la vida, ¿he de dejar que pierdan uno tan precioso? No, quiero que le gusten, que le paladeen, que disfruten sus delicias. Los arranco de la importuna muchedumbre que los cansa, y llevándome á pasear á un sitio apartado, los llamo á sí mismos hablándoles de ellos. No solo quiero hablar á sus oídos, mas también á sus corazones; y no ignoro cuál es el único asunto en que este día puedan ocuparse.

«Hijos míos, les digo asiéndolos á entrambos de la mano, tres años ha que vi nacer esta viva y pura llama que hoy hace vuestra felicidad. Sin cesar ha ido en aumento; en vuestros ojos veo que ha llegado á su último grado de vehemencia; ya no puede menos de entibiarse.» Lectores, ¿no veis los arrebatos, los furoros, los juramentos de Emilio, el ademán desdeñoso con que Sofia desprende de mi mano la suya, y las tiernas protestas que mutuamente se hacen sus ojos de adorarse hasta el postrer aliento? Los dejo un rato, y vuelvo á tomar el hilo de mi discurso.

«Muchas veces he pensado que si pudiéramos prolongar la dicha del amor, el matrimonio sería la bienaventuranza en la tierra. Hasta hoy esto nunca se ha visto. Pero si no es cosa totalmente imposible, dignos sois uno y otro de dar un ejemplo que de nadie hayais recibido, y que pocos esposos sabrán imitar. ¿Queréis, hijos míos, que os diga qué medio imagino para ello, y que creo es el único posible?»

Se miran sonriéndose y burlándose de mi simpleza. Emilio me da muchas gracias, diciéndome cree que Sofia tiene una receta mejor, y que á él con eso le basta. Sofia aprueba, y no parece menos confiada: no obstante, por entre su ademán de mofa se me figura que columbro alguna curiosidad. Examino á Emilio; sus encendidos ojos devoran los atractivos de su esposa; esta es su única curiosidad, y poca mella le hacen todas mis razones. A mi vez me sonrio, diciendo entre mí: Pronto haré yo que estés atento.

La diferencia casi imperceptible de estos secretos movimientos, indica una muy característica en ambos sexos, y muy opuesta á las preocupaciones admitidas; y es que, generalmente hablando, son los hombres más inconstantes que las mujeres, y se fatigan más pronto del amor satisfecho. De muy atrás presiente la mujer la inconstancia del hombre, y se asusta con ella (1). Y

(1) En Francia, las que primero se apartan son las mujeres; debe ser así, porque teniendo poco temperamento, y no queriendo más que homenajes, en cuanto el marido cesa de pedir celos, hacen poco caso de él. Por el contrario, en los demás países los maridos se desprenden antes,



esto la hace ser mas celosa. Precisada, cuando empieza á entibiarse el hombre, á restituirle cuantos obsequios él la hizo en otro tiempo para serla grato, alternativamente llora, se humilla, y rara vez con el mismo fruto. El cariño y los obsequios granjean los corazones, pero no los recobran: Vuelvo á mi receta para estorbar que se entibie el amor en el matrimonio.

«Es fácil y sencillo, prosigo; consiste en continuar siendo amantes despues de esposos.—Efectivamente, dice Emilio riéndose del secreto, no nos será penosa.—Mas penosa para vos que os reis de lo que acaso pensais. Dejad, por vuestra vida, que me explique.

»Los nudos que demasiado se quieren estrechar, se rompen. Esto es lo que sucede con el del matrimonio, cuando le queremos dar mas fuerza de la que debe tener. La fidelidad que impone á entrambos esposos, es el mas sacrosanto de todos los derechos; pero la potestad que da al uno sobre el otro está de mas. Mal se avienen la violencia y el amor, y el deleite no se manda. No os sonrojéis, Sofia, ni penseis en huir. No permita Dios que yo quiera ofender vuestra modestia; pero se trata de la suerte de vuestra vida. Por tan importante objeto consentid, entre un padre y un esposo, razones que viniendo de otros no consentiriais.

»No tanto es la posesion la que harta, quanto la sujecion; y á la manceba que un hombre mantiene la conserva cariño mucho mas tiempo que á su mujer. ¿Cómo se han podido trasformar en obligacion los mas tiernos cariños y en derecho las prendas mas dulces de amor? El mútuo deseo constituye el derecho, la naturaleza no conoce otro. La ley puede restringir este derecho, nunca ampliarle. ¡Tan dulce es el deleite por sí mismo! ¿Ha de recibir de la sujecion la fuerza que no haya podido sacar de sus propios atractivos? No, hijos míos, en el matrimonio están ligados los corazones, pero no están esclavizados los cuerpos. Os debéis fidelidad, mas no condescendencia. Cada uno de vosotros solo puede per-

y tambien debe ser así, porque fieles, pero sin miramiento, las mujeres, los cansan de ellas, importunándolos con sus deseos. Estas verdades generales pueden tener muchas excepciones; pero ahora creo que sean verdades generales.

tenecer al otro, pero ninguno debe pertenecerle sino en quanto fuere su voluntad.

»Por tanto, si es cierto, amado Emilio, que queráis ser amante de vuestra mujer, sea ella siempre árbitro vuestro y suyo; sed amante feliz, pero respetuoso; alcanzadlo todo del amor sin exigir nada de la obligacion, y los mas levés favores, no sean nunca derechos, sino gracias para vos. Bien sé que el pudor huye los consentimientos formales, y pide que le venzan; ¿pero, con verdadero amor y delicadeza, se engaña el amante acerca de la voluntad secreta? ¿No sabe cuándo otorgan los ojos y el corazon lo que finge negar la boca? Tenga derecho cada uno de vosotros dos, dueño siempre de su persona y sus cariños, de no dispensárselos al otro, como de su propia voluntad no sea. Acordaos sin cesar de que ni aun en el matrimonio es legitimo el deleite, cuando no es comun el deseo. No temais, hijos míos, que esta ley os desvie al uno del otro; por el contrario, á entrambos hará que os esforceis mas en agradaros, y precaverá que os empalagueis. Limitados únicamente uno á otro, bastante os allegarán la naturaleza y el amor.»

Al oír estas razones y otras semejantes, se enoja Emilio, grita: Sofia, avergonzada, se tapa los ojos con su abanico y no habla palabra. El mas descontento de los dos no es acaso el que mas se queja. Insisto sin ablandarme: avergüenzo á Emilio de su poca fineza, salgo por fiador de Sofia de que por su parte admite el tratado: la excito á que hable: y bien se echa de ver que no se atreve á desmentirme. Inquieto Emilio consulta los ojos de su esposa, y los ve, en medio de su cortedad, llenos de una deliciosa turbacion que le tranquiliza contra los riesgos de la confianza. Arrójase á sus plantas, besa arrebatado la mano que ella le ofrece, y jura que, excepto la prometida fidelidad, renuncia de cualquier otro derecho de esposo.

«Sé, la dice, amada mia, dueño de mis contentos como lo eres de mi vida y de mi destino. Aunque me hubiese de costar la vida tu crueldad, te abandono mis preciosos derechos. Nada quiero deber á tu condescendencia, quiero que todo sea dádiva de tu corazon.»



Buen Emilio, no te asustes: Sofia es generosa además para dejarte morir victima de tu renuncia.

Por la noche, al despedirme, les digo con el tono mas grave que puedo: «Acordaos ambos de que sois libres; no haya diferencias falsas, que aquí no se trata de obligaciones conyugales. ¿Quieres venir, Emilio? Sofia te lo permite.» Emilio enfurecido querrá pegarme. «¿Y vos, Sofia, qué decís? ¿Quereis que me le lleve?» La embusterilla sonrojada dirá que sí. ¡Hechicera y dulce mentira que vale mas que la verdad!

Al otro dia... La imágen de la felicidad ya no prenda á los hombres; la corrupcion del vicio ha depravado su gusto no menos que sus corazones. Ya ni saben sentirlo tierno, ni ver lo amable. Vosotros que para pintar el deleite nunca imagináis mas que dichosos amantes engolfados en el seno de las delicias, ¡cuán imperfectas son todavia vuestras pinturas! solo ofreéis la mas tosca mitad; los atractivos mas dulces del deleite no se encuentran en ellas. ¡Oh! ¿quién de vosotros no vió nunca dos esposos jóvenes, unidos bajo felices auspicios salir del tálamo nupcial, y en su lánguido y casto mirar retratar la embriaguez de los dulces deleites que acaban de disfrutar, la amable serenidad de la inocencia, y la certidumbre que tanto los encanta entonces de vivir juntos lo restante de sus años? Este es el objeto mas regalado que pueda presentarse al corazon del hombre; esta la verdadera pintura del deleite: cien veces la habeis contemplado sin reconocerla; vuestros empedernidos corazones no son capaces de amarla. Dichosa y pacífica Sofia, pasa el dia en brazos de su tierna madre; blando descanso para la que ha pasado la noche en los de su esposo.

Al tercer dia, reparo ya alguna mudanza de escena. Emilio quiere dar muestras de mal humor; mas por entre esta afectacion noto un ardor tan tierno y tanto rendimiento, que no recelo que sea cosa muy triste. Sofia está mas alegre que el dia antes; brilla en sus ojos una visible satisfaccion; está donosa con Emilio; casi le provoca y él parece que se enfada mas con sus halagos.

Estas mudanzas son poco notables, pero no se me esconden. Inquieto, consulto á Emilio á solas, y sé que

con mucho sentimiento suyo, y á despecho de todas sus instancias, ha sido forzoso hacer cama aparte la noche pasada. La imperiosa se ha dado prisa á usar de su derecho. Se explican, Emilio se queja amargamente, Sofia se chancea; pero en fin, viendo que se iba á enfadar de veras, fija en él una mirada llena de amor y dulzura, y apretándome la mano, pronuncia esta palabra sola, pero con un acento que llega al alma: ¡Ingrato! Emilio es tan tonto que nada de eso entiende. Yo sí lo entiendo, y desviando á Emilio, hablo á solas con Sofia.

«Ya veo, le digo, la razon de ese capricho. No es posible tener mas miramiento, ni emplearle mas fuera de sazón. Tranquilizaos, amada Sofia, un hombre es el que os he dado, no temáis tratarle como tal: vos habeis cogido las primicias de su juventud; con ninguna la ha gastado y la conservará mucho tiempo para vos.

»Es preciso, amada niña, que os explique mis ideas en la conversacion que tuvimos los tres anteayer. Acaso no la creísteis sino como un modo de usar con economía vuestros deleites para que fuesen duraderos. ¡Oh Sofia! llevaba otro objeto mas digno de mis afanes. Dandoos la mano de esposo, se ha hecho Emilio vuestra cabeza; la naturaleza lo quiso así. Mas cuando una mujer se parece á Sofia, es útil que su marido sea conducido por ella; tambien esta es otra ley de la naturaleza; y para que tengais tanta autoridad en su corazon como á él le da su sexo en vuestra persona, os he hecho yo árbitro de sus gustos. Lo comprareis á costa de penosas privaciones, pero reinareis en él, si sabeis reinar en vos; y lo que ha sucedido me demuestra que este arte difícil no es superior á vuestro esfuerzo. Reinareis por el amor mucho tiempo, si haceis preciosos y raros vuestros favores, y sabeis darle valor. ¿Quereis ver siempre á Emilio á vuestros pies? Mantenedle siempre á cierta distancia de vuestra persona. Sed, empero, modesta en vuestra severidad, no antojadiza; que os vea abstinentes y no maniática; cuidad de que por no empalagar su amor le hagais que dude del vuestro. Haced que os ame por vuestros favores, y os respete por vuestras repulsas; y que honre la castidad de su mujer sin agraviarse de su tibieza.



»De este modo, hija mía, os entregará su confianza, escuchará vuestros consejos, os consultará en sus negocios, y nada resolverá sin deliberarlo con vos: de este modo le podeis traer á la razon cuando se descarrie, reducirle por una dulce persuasion, haceros amable para ser útil, emplear el arte de agradar en servicio de la virtud, y el amor en beneficio de la razon.

»Con todo, no creais que siempre pueda aprovecharos este mismo arte. Por mas preocupaciones que se tomen, el gozo gasta los deleites, y el amor antes que todos los demás. Pero, cuando ha durado el amor mucho tiempo, un dulce hábito llena su vacío, y á los raptos de la pasion suceden los atractivos de la confianza. Los hijos forman un vínculo no menos suave y á veces mas fuerte que el mismo amor entre los padres. Cuando ceséis de ser dama de Emilio, sereis su mujer y su amiga; sereis la madre de sus hijos. Entonces, en vez de vuestros primeros desvios, estableced la mayor intimidad entre vosotros; no mas cama aparte, no mas repulsas, no mas antojos. Hacedos en tal manera mitad suya, que no pueda vivir sin vos, y que, al punto que os deje, se sienta lejos de sí propio. Vos que tan bien supisteis hacer que reinaran en casa de vuestros padres los embesosos de la vida doméstica, haced que igualmente reinen en la vuestra. Todo hombre que se halla á gusto en su familia, ama á su mujer. Acordaos de que si vuestro esposo vive feliz en su casa, sereis una mujer feliz.

»Por ahora no sereis tan severa con vuestro amante, pues merece mas condescendencia, y le ofenderian vuestros temores; no mireis tanto por su salud á costa de su dicha, y gozad de la vuestra. No se debe aguardar al hastío, ni repeler el deseo; ni se ha de negar por negar, sino por dar valor á lo que se concede.»

Reuniéndolos luego, le digo delante de ella al jóven esposo: «Preciso es sufrir el yugo que uno se ha impuesto: mereced que os le hagan suave. Antes de todo sacrificad á las gracias, y no penseis haceros amable mostrando mal humor.» No es difícil hacer la paz, y cualquiera adivina las condiciones: el tratado se firma con un beso. Despues de esto digo á mi alumno: «Amado Emilio, el hombre necesita toda su vida consejo y

guia. Yo he hecho cuanto me ha sido posible para desempeñar esta obligacion con vos; aquí concluye mi dilatada tarea, y empieza la de otro. Este dia hago renuncia de la autoridad que me habeis confiado, y de hoy mas aquí teneis á vuestro ayo.»

Poco á poco se serena el primer delirio, y les deja gustar en paz las delicias de su nuevo estado. ¡Dichosos amantes! ¡Dignos esposos! Para pintar su felicidad, fuera necesario escribir la historia de su vida. Cuántas veces, contemplando en ellos mi obra, me siento embargado en un éxtasis que hace latir agitado mi corazón! ¡Cuántas veces, bendiciendo la providencia, y lanzando profundos suspiros, estrecho sus manos entre las mias! ¡Cuántos besos imprimo en estas manos que se aprietan! ¡De cuántas lágrimas de gozo, que caen de mis ojos, las sienten bañadas! Tambien ellos se enternecen participando de mi enajenamiento. Sus respetables padres disfrutaban segunda vez de la juventud en la de sus hijos; vuelven, por decirlo así, á empezar á vivir en ellos, ó mas bien por la vez primera conocen el valor de la vida, y maldicen sus pasadas riquezas que de la misma edad les impidieron gozar tan deliciosa suerte. Si hay felicidad en la tierra, se encuentra en el albergue en que vivimos.

Al cabo de algunos meses, entra una mañana Emilio en mi cuarto y me dice dándome un abrazo: «Maestro mio, dad el parabien á vuestro hijo, que en breve espera tener la honra de ser padre. ¡Oh, qué afanes van á cargar en nuestro celo, y cuánto vamos á necesitar de vos! No permita Dios que os deje yo educar al hijo despues de haber educado á su padre, ni que otro que yo desempeñe obligacion tan suave y sacrosanta, aunque hubiese de escoger con tanto acierto para él como para mí escogieron. Pero sed el maestro de los maestros jóvenes. Aconsejadnos, dirigidnos, que seremos dóciles: mientras yo viva, necesitaré de vos, y mas que nunca os necesito ahora que empiezan mis funciones de hombre. Habeis desempeñado las vuestras; guiadme para imitaros, y descansad, que ya es tiempo.»



